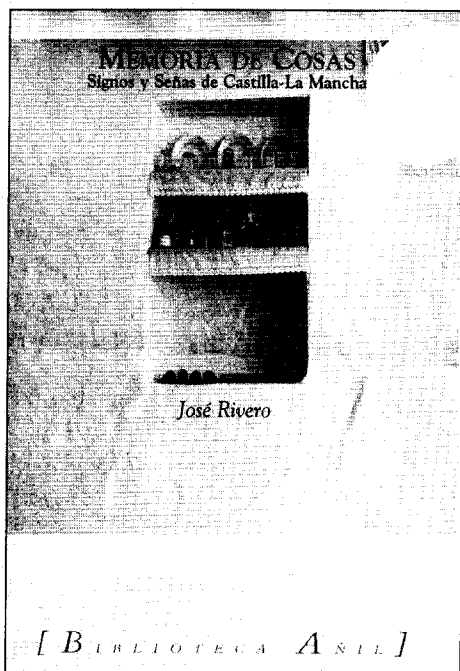




LIBROS

Memoria de cosas sin memoria



Memoria de cosas. Signos y señas de identidad en CLM

José Rivero

Biblioteca Añil, nº7. Celeste Ediciones
Madrid, 1999. 176 págs.

En los sábados añiles de Madrid, tan bajos, tan sin cielo, se oye a Pepe Rivero disertar con recochura sobre el empleo de la berenjena en las enfermedades renales, sobre Walter Gropius, el mal de madre, las leyes de Mendel o la cría de la chinchilla. Y parece que aquel despachejo, con su mesilla, con sus redactores agrupados en torno al ágape verbal como si fueran (fuéramos) a comernos un estofado de conejo sin conejo, con su ventana alta y de ver pasar al Obispo, con su persiana rasguñada, se sumerge en una penumbra virtual de troje, de orza, y que todo cobra un brillo de gañanía ilustrada.

Ágora manchega, de una Mancha huérfana de noticias que no sean las estrictamente derivadas de coyunturales maniobras políticas, allí, en la redacción de *Añil*, recibe uno lo poco que de la tierra sabe y le llega.

Pepe Rivero, arquitecto, que en los últimos tiempos nos regalaba un libro inteligente, succulento y mareante como un tío vivo sobre la vida artística mese-

taria (*El sentido de la mirada*, 1998) ha hecho una vendimia simbólica en una tierra carente de símbolos apreciables más allá del paisaje y de las jugosas implicaciones literarias del Quijote, y ha escrito un libro curioso, vario y ameno, al que ha titulado con precisión *Memoria de cosas*.

No es lo mismo memoria de cosas que memoria de las cosas, pues este librito, sin renunciar a su formato de catálogo, sólo podía escribirse de dos maneras que no tienen por qué ser antitéticas, pero de cuya elección preferente por una de ellas cabe deducir la actitud del autor y la hondura conceptual sobre la que sustenta su propuesta.

La elegida por Pepe Rivero se basa en inventariar un puñado de objetos, paisajes, lugares, usos y costumbres, atendiendo a su origen y utilidad y siempre referidos. Y es en este sentido numeral en el que cabe entender esa "memoria" a la que alude el título. Memoria como nómina, relación o, si se quiere, enciclopedia de cosas. Memoria de cosas y no de las cosas, porque de todo puede encontrar el lector en sus páginas menos memoria, y sí mucho de memorandum, recolección, exposición de cosas, silva o selva de cosas.

La segunda de las opciones gira en torno a la experiencia de esos objetos en el ámbito de la expresión artística, de la reflexión histórica o la emoción poética. Experiencia que no se resume en la reseña del dato conciso de su utilidad—caso de ser un objeto—, o de su percepción geográfica, en el caso de un paisaje o un accidente geográfico.

Sólo de esta última manera cabe la posibilidad de hablar de memoria colectiva y de "signos y señas de identidad", como subtitula Pepe a su libro. Para que exista "memoria colectiva" tiene que haber experiencia colectiva, y lo que este libro hace es organizar algunos elementos característicos de la vida rural castellano-manchega en una nomenclatura que deviene pintoresca por la misma naturaleza de su formulación.

Es obvio que no se impone un certificado de denominación de origen a las cosas que cita. Participa de los mismos valores que los buenos recetarios gastronómicos o las guías de viaje. Más que

artículos a propósito de elementos simbólicos característicos de la tierra manchega, cabría hablar de etiquetas definidoras de productos desvinculados de su materialidad histórica.

Guía de cosas es una expresión más clara y menos engañosa. Rastrillo de libros y de lugares a los que le lleva su cotidiano labor por las llanadas manchegas donde va dejando un rastro de centros de secundaria y de piscinas. El prologoista, Javier García Bresó, reivindica estos materiales como fondo temático de un posible Museo. No se le puede reprochar, puesto que una más entre las conclusiones—la más sencilla— que se desprende del libro es ésta. Pero, en mi opinión, confinar estos elementos en un museo no es más que otro modo de fetichizar una realidad que todavía hoy nos invita a reflexionar seriamente sobre la identidad humana—y no exclusivamente regional— más allá de las composturas políticas y la patética ineficacia de una cada vez más distorsionada vida cultural y educativa. Mucho más cuando la cultura regional se debate entre la incapacidad para articular un discurso representativo de su pluralidad y esencialidad, y la labor heroica y callada de asociaciones y particulares, funcionarios y autores que, como el propio Rivero, mantienen viva una llanita iconoclasta en el páramo provinciano. Léase el patético discurso, bodriodrama, con que Antonio Gala se despachó el Día de la Región para comprobar hasta qué punto existe una disociación entre la proyección ideológica de Castilla-La Mancha en la cultura española y el nivel de abstracción e intemporalidad que ofrecen libros como el que aquí se comenta.

De este modo, ninguno de los elementos reflejados son constitutivos de una identidad que pudiéramos denominar específicamente castellano-manchega, porque para llegar a eso es necesario recoger la experiencia referida a cada uno de ellos en particular, la manera en que han hechos suyos estos elementos los habitantes de la región con respecto a otras. Como toda colección siempre será la demarcación de un territorio subjetivo, a la vez que un retrato de familia, su familia, la familia de Pepe. Lo cual convierte

su libro en un espléndido muestrario de productos de identidad, donde las cosas han perdido esa doble dimensión que establecen con los seres humanos: la de ser utilizadas o la de ser poseídas. Productos además manufacturados como golosina para un tipo de consumidor que trata no tanto de comprender sino de degustar. Útiles y herramientas, ropas y vestidos, construcciones, comidas y bebidas, paisajes rurales y fluviales, aperos, labores, oficios, lugares y emblemas conforman un sólido muestrario de referencias apoyado sobre una bibliografía que el autor ha explorado sinceramente y nos entrega como decantación básica de su trabajo.

Es un primer paso, un punto de partida que no debe hacernos olvidar el meollo de la reflexión, y es que, en un mundo potencialmente amenazado por la desintegración medioambiental, muchos de estos objetos, especialmente aquellos ligados al ámbito agrario, que son casi todos, esperan una reinención dentro de una tarea que pasa por restañar las heridas producidas por la voracidad del capitalismo consumista sobre el planeta.

Hace años leí un poema, cuyo título y autor he olvidado, que contaba la historia de un álamo de Sussex. Un árbol hermoso y antiguo donde anidaban los mirlos y que servía a los niños del pueblo para refugiarse del sol y sentir la brisa benigna del verano bajo sus ramas. Pero el poeta, que era el autor del poema y el dueño de ese árbol, estaba en Londres, leyendo libros.

Todos estamos un poco en Ciudad Real, en Toledo o en Guadalajara, leyendo libros sobre cosas que tenemos en Ciudad Real, en Toledo o en cualquier parte, aunque sean cosas que no vemos y nos importen un comino más allá de la referencia bibliográfica o la datación precisa de su existencia.

Quiero decir que todos estamos un poco como exiliados de las cosas, como huidos de ellas o emancipados de su identidad, al menos de esas cosas que habitualmente nos llaman la atención a la hora de escribir o reflexionar.

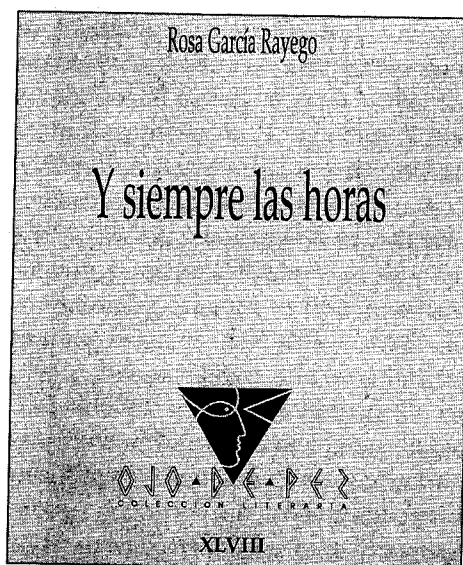
En el humor de Pepe, libresco, sordo para la calle y poco peripatético, hay siempre un funcionario cabreado que

haría bien las cosas si le dejaran. Un funcionario atento a la novedad, sensible a lo que viene de fuera, inquieto y cojonero, un anarquista estrangulado por la corbata al que sentaría bien pasar, como a Jovellanos, una temporada en Guadalajara. Se le ve que quiere más, que da para más, que trae de allá, de la capitalilla industriosa y bonancible, que es como el último barrio del Madrid estepario, un impulso noble e ilustrado de conquistar Madrid desde la calle Fernando VI con toda la imaginería de la Mancha parda.

En este libro late una certeza que yo comparto, que compartimos todos cuantos nos sentimos parte integrante de un lugar. La convicción no tanto de preservar unas señas de identidad, que por otra parte son comunes a una gran cantidad de pueblos, como el hecho de que a través de ellas podamos orientar nuestras capacidades hacia una mejor comprensión de nuestro mundo, no para transformarlo, sino para transformar al hombre, su protagonista, el creador de estas cosas, el hacedor de signos.

Francisco Gómez-Porro

El color de lo vivido



Y siempre las horas

Rosa García Rayego

Colección literaria Ojo de pez.

Biblioteca de autores manchegos.

Diputación de Ciudad Real. 96 págs.

Un rasgo fundamental de la percepción es la significación. Las palabras nos vienen dadas junto al sentido de las cosas, nos prestan su intuición; de ahí, razón por infinito —en los románticos—, anhelo o sabia voluntad. Enfrentadas a sí mismas, las palabras juegan a olas y en un “tour de force” rastrean nuestra realidad.

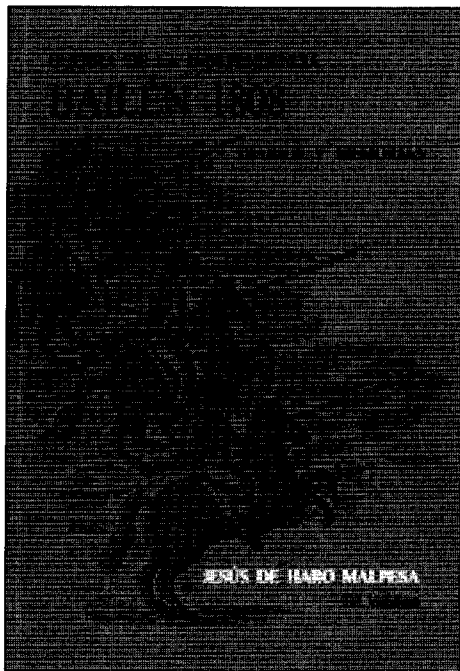
Superando el orden y la expresión más leve, en una apuesta de ritmos y cadencias, aparecen los poemas de este libro, llenos de pretensión: “*seco, sin tregua*” o “*La herida -honda/aún late*”, silencios que (re)crean la memoria para su inmediata aniquilación. Hay un gusto literario intensísimo: una sola vida en medio de La Vida y la experiencia de su acción verbal.

Siempre, siempre las horas, es un ejercicio de estilo —lo fugaz simbólico— en el que se cambia tristeza por dignidad; “*Y, entre las prisas/y el viaje:/el sol./Me voy/sin dejarte*”.

Con demasiada frecuencia apelamos a lo útil del conocimiento para explicar aquello que no se debe explicar: “*Tu presencia/nube negra/que nunca vierte/el agua sobre mí*”. Somos lo que somos capaces de dar; nuestro aire, el existir, un paisaje oculto... Sin eludir la cuestión crítica ni el análisis formal, estos versos nos remiten a un mundo custodiado por el amor. Y a La Belleza, con su impacto ineludible que, cuando se hace presente, acaba con todo.

María Muñoz

A vueltas con Bailén



Guerra de la independencia. Bailén 1808. Memorias y diarios
Jesús de Haro Malpasa
Ed. Valldum; Ciudad Real 1999

Stone, hace ya algunos años en un artículo de enorme repercusión (“the revival of narrative”, *Past and Present*, n.º 85, 1979), puso sobre la mesa la vuelta en el mundo de la historiografía de la narración, es decir, a la historia política centrada en el mundo, tan criticado por otra parte por otros muchos historiadores, de los acontecimientos.

La reaparición de la vieja historia política que combatieron años atrás historiadores como M. Bloch o L. Febvre no supone ni mucho menos una mera continuación del antiguo modelo. La historia política se ha revestido de nuevos ropajes. Se ha modernizado. Su objeto de estudio se ha ampliado, por ejemplo, hacia las estructuras del poder, entendido no como estructura inmóvil sino como resultado de un proceso dialéctico con las fuerzas sociales. De esta manera, el territorio de la historia política se ha expandido, al incorporar cuestiones, aportaciones y puntos de vista procedentes de la ciencia política,

el derecho, la antropología y la historia social y cultural. Pero hay mucho más. La historia política ha sido completamente reformulada: sus categorías y conceptos básicos (Estado, administración, centro, burocracia) han sido revisados; el Estado ha dejado de ser una categoría a priori, para convertirse en el producto de una elaboración social y la oposición simplista entre historia y sociedad se ha rechazado, analizándose los fenómenos de poder a partir de configuraciones sociales y a esclas diversas. Tenían razón los críticos de la vieja historia política que se había dejado encerrar en la perspectiva unidimensional del acontecimiento. Mientras que los historiadores de la económico o lo social debían construir los objetos de su análisis —curvas de precios regímenes demográficos, grupos sociales...—, los historiadores de lo político se movían entre categorías que parecían inmutables: el Estado, la fiscalidad, la monarquía, la guerra, la paz. Sin embargo, el acontecimiento se ha despegado de la política. En primer lugar, porque hay acontecimientos sociales, económicos, demográficos o culturales. Luego, porque se intenta hacer más denso el acontecimiento a través de la consideración de las condiciones sociales, culturales o de posibilidad.

Ha sido en Francia donde la nueva historia política ha cobrado más vigor de manos de un grupo de historiadores encabezado por R. Rémond y la revista *Vingtième Siècle*. Precisamente centraron sus esfuerzos en una época abandonada por *Annales*, el siglo XX, tan llena y jalonada de fundamentales acontecimientos políticos, planteando nuevos problemas y proponiendo modelos explicativos, basados en el contacto con otras ciencias sociales. Con este nuevo estilo, los nuevos historiadores políticos profundizan básicamente en el estudio del poder: su conquista, su ejercicio, la toma de decisiones, el papel del aparato administrativo o las redes de poder estudiadas en base a la prosopografía. De esta forma, la política se convierte en el eje central y vertebrador de la historia, y de su bra-

zo asoma de nuevo la posibilidad de una historia total.

Esta nueva historia política ha privilegiado algunos temas como las elecciones, los partidos políticos y, sobre todo, la importancia del patronazgo, de las clientelas, en fin, de las redes de influencias y del conjunto de mediaciones e intereses personales entre gobernantes y gobernados, entre capital y territorios. En este terreno entramos de nuevo en la valoración de la importancia de la intervención humana en la causación histórica. Hemos hablado de la acción de las elites, pero las nuevas tendencias tienen además en cuenta a “los de abajo”. La historia social al modo de E.P. Thompson o de N.Z. Davis, lo mismo que la microhistoria, han puesto en primer plano la importancia de la acción espontánea de hombres y mujeres, sus posibilidades de influir sobre el poder y su capacidad para moverse aprovechando los resquicios y las contradicciones de las normas coactivas.

En verdad, la historia política de “sospechosa, atacada y desacreditada” ha pasado a ser una disciplina “profundizada, renovada y ampliada en sus problemáticas, objetivos y métodos” lo que le ha servido para “reconquistar una legitimidad tan intensamente impugnada en el propio seno de la disciplina histórica”.

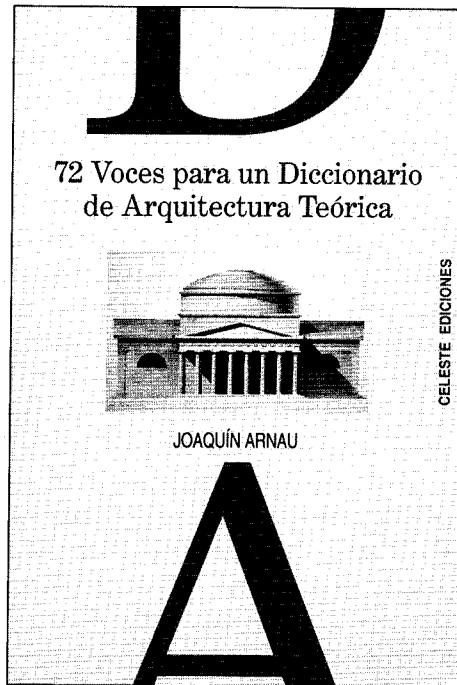
La nueva obra de Jesús de Haro Malpasa, *Bailén 1808. Diarios y memorias*, se enmarca en esta nueva perspectiva. Nos encontramos ante un historiador vocacional que trabaja como profesional de la enseñanza y que conoce bien los entresijos y problemas de la enseñanza de la historia. Sus investigaciones se han centrado preferentemente en un período muy concreto, la Guerra de la Independencia, que demuestra conocer, al menos en esta última obra, con una exquisita profundidad.

La temática de la obra es, en un primer vistazo, sencilla: la reproducción de las memorias de tres participantes en la batalla de Bailén a la que se acompaña de una adecuada y necesaria contextualización histórica amén de un impor-

tante trabajo por parte del autor que nos va comentando cualquier cuestión interesante con útiles citas a pie de página. En este sentido el trabajo del autor merece nuestro aplauso. Seguramente me podría detener en otros muchos puntos pero esencialmente quisiera subrayar que la labor de Jesús de Haro podríamos enmarcarla dentro de la tradición de una mera historia política sino incluso de la llamada microhistoria. A igual que los microhistoriadores, Jesús de Haro ha reducido la escala de observación, realizando un análisis microscópico e intensivo del material documental. Al tiempo ha puesto en primer plano no a los grandes protagonistas de Bailén sino a algunos de los hombres que participaron en los hechos. Se trata de oficiales de primer rango (tampoco son soldados rasos) que narran su experiencia vital de una batalla tan importante como la de Bailén (dos memorias desde la parte española y otra desde la francesa). De esta manera, podemos conocer la intrahistoria de tres personajes en una situación difícil y trascendente: sus dudas, su percepción de los hechos, sus decisiones, su visión de la batalla. Con ello el individuo vuelve a tomar protagonismo. Ese es el gran éxito de la obra de Jesús de Haro. Sólo un pequeño reproche. Al realizar una transcripción de las memorias no ha llegado a la altura de las obras similares como las de C. Ginzburg (*El queso y los gusanos. Historia de un molinero del siglo XVI*) o la N. Z. Davis (*El retorno de Martín Guerre*). Pero a decir verdad esta ha sido una tarea que pocos historiadores han sabido culminar y aún así se han visto sometidos a numerosas críticas dado que el afán por los casos individuales y la vuelta a la historia puramente narrativa encierran peligros que han de considerarse seriamente.

Ángel Ramón del Valle Calzado

La Arquitectura como máquina de hablar



72 Voces para un diccionario de Arquitectura Teórica Joaquín Arnau

Celeste Ediciones. Madrid 2000; 263 págs.

Viollet-le Duc sostenía en sus *Entretiens* que “es la piel del animal cazado puesta sobre la cabaña, y no la cabaña misma lo que señala la aparición de la Arquitectura: ornamento y monumento como conmemoración, como memoria celebrativa”. Desde tal visión, sostiene Josep Quetglas que la Arquitectura es una relación entre el espectador y la obra, que produce una mutua referencia hacia algo que no está ahí, que es lo conmemorado. Toda Arquitectura se construye, por ello, desde una implacable y saturnal melancolía por lo ausente y lo celebrado. Y toda Arquitectura se aviene, por lo mismo, más con lo vacío que con lo lleno; con lo que falta y con lo que no está. Si esa relación entre espectador, obra y memoria se oculta y fluye, podríamos concluir que la Arquitectura ni se ve, ni se toca; sólo se piensa y se siente su pérdida. Frente a este ocultamiento de la Arquitectura, mantiene Saéz de Oiza que la

Arquitectura se aprende por contacto directo, como si el contagio de una enfermedad se tratara. Frente a la melancolía de Orfeo, opone Oiza la contundencia de Palamedes que rige la instrumentalidad de la mano.

Joaquín Arnau (arquitecto en ejercicio en Albacete desde hace muchos años) opta por engrosar las filas órficas, que exaltan lo poético y lo creativo, desde la aventura de este *Diccionario* acotado y limitado por el número 72. En un momento de descrédito por los saberes sistematizados, elaborar un diccionario no es tanto una temeridad, como un ejercicio de libertad genuina y gratificante. Si la decantación del saber disciplinar, como el propio Arnau nos aclaraba en su anterior trabajo *La teoría de la Arquitectura en los tratados*, pasaba de los *Tratados* –hasta el siglo XVIII–, a los *Ensayos* –siglos XIX y XX– para acabar en los *Manifiestos* –ya de siglo XX–, las nuevas formas del saber disciplinar pueden recurrir a muy variadas estrategias. Los nuevos diccionarios, frente a la obligatoriedad mostrativa del ensayo, no tienen que demostrar nada salvo su arbitrariedad perfecta y maravillosa. Diccionario de voces fundamentales, como éste, que nos remite a la sabiduría de las palabras y de los *dictum*, que son los que construyen esos libros que conectan la sabiduría con las palabras. Porque la voz para ser palabra (que es la quinta acepción del DRAE) precisa de la sabiduría, si no queda en su cuarta acepción académica de grito. La suerte de sabiduría de Arnau, es saber hablar de lo que siente y sentir lo que conoce, para hacer hablar a lo que ama. Por eso la Arquitectura, de su mano, es *une machine a parler*. Esto es, frente al lecorbusierano *máquina de habitar*, Joaquín Arnau contrapone la máquina de hablar y por eso elabora un Diccionario.

José Rivero

Lo real, verosímil



El alquimista impaciente

Lorenzo Silva

Editorial Destino. Barcelona 2000; 282 págs.

Un asesinato ocurrido en un motel de carretera de Guadalajara. El muerto un ingeniero de una central nuclear. Protagonistas, los investigadores, una pareja mixta de la Guardia Civil que ya protagonizó una de sus novelas anteriores. Con estos parámetros, el escritor Lorenzo Silva ha trenzado *El alquimista impaciente*, último Premio Nadal. A partir de aquí surgen innumerables preguntas. ¿Qué tiene que ver la alquimia, una de nuestras ciencias utópicas más antiguas, con las modernas centrales nucleares, toda una realidad? ¿Cómo se puede ganar un premio tan prestigioso como el Nadal con una novela policíaca, y encima escrita en primera persona? ¿Cómo se consigue alcanzar la cima, literariamente hablando, siendo abogado y reconociendo no tener ninguna intención de abandonar este trabajo tras ocho obras publicadas y con cierto éxito? Todas las respuestas están en la novela.

La fisión nuclear es una especie de alquimia moderna, se toma un determinado material y se transforma en otro para producir energía. La paciencia del

alquimista es la de los guardias civiles que poco a poco van deshilando la madeja del asesinato. Quien llegue al final, y muy pocos de los que comienzan no lo harán, verán que en el título, que coincide con el del último capítulo, está la clave de la propia historia. Nada de cuanto nos han contado es banal, todo encaja en un perfecto *puzzle*. Sin embargo, es al cerrar el libro cuando nos damos cuenta de que lo menos importante era saber quién es el asesino. Descubrirle es un buen motor de la narración, una buena palanca, pero si al final haces como Agatha Christie, le pones la zarpa al mayordomo o al pariente francés y lo encierras, pues en definitiva has pasado el rato, has cerrado el libro y te olvidas. No es el caso. Una cosa es descubrir un secreto, cuyo valor se esfuma cuando deja de serlo, y otra muy diferente es acercarse al misterio, a lo que nunca se revela. El asesino es un secreto. La personalidad de la víctima, la forma de ser y de actuar de los investigadores o la compleja figura de la mujer del ingeniero, uno de los personajes mejor trazados de toda la novela, son un misterio y éste continúa vivo una vez resuelto el crimen.

El autor ha confesado ser un admirador de Chandler, un genio de la novela policíaca y un escritor como la copa de un pino. Ha tenido que pasar mucho tiempo para que las llamadas "vacas sagradas" de nuestras letras consideren este género tan válido como el que más. *El alquimista impaciente* es una novela bien construida, con personajes consistentes y con una gran virtud, lo correcto de la narración. Lorenzo Silva cuenta muy bien todo lo que pasa y, lo que es más importante, aquello que no sucede ante los ojos del lector. Sus personajes añaden en cada diálogo granitos de arena que van llenando el cubo de la historia. La primera persona, lejos de ser un recurso fácil para tejer la narración, sirve para observar los hechos desde dentro. En este tipo de historias jugar con un narrador omnisciente es como tener un as en la manga. En un momento determinado, la falta de imaginación o de concentración narrativa

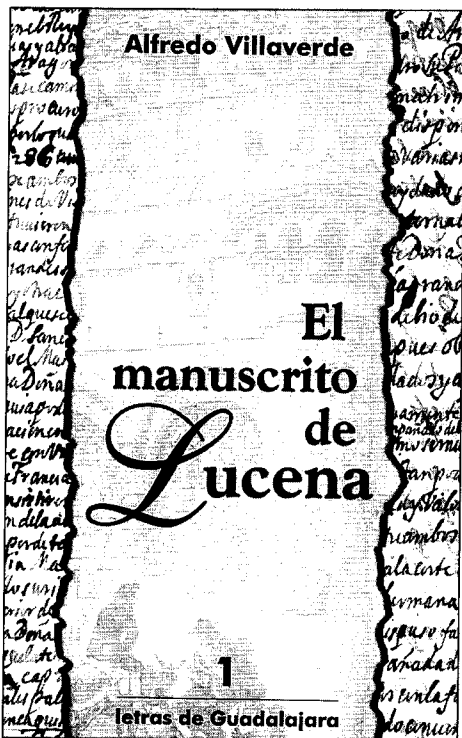
puede ser subsanada por el escritor con un truco de magia, con un golpe de chistera. Esto no ocurre cuando el lector ve con los ojos de uno de los protagonistas todo cuanto acontece. Entonces no hay truco, todo debe encajar al milímetro para que nada chirrié.

Uno de los logros del último ganador del premio Nadal, es su buen oído literario. Los recursos lingüísticos de sus personajes están bien diferenciados. El argot de los policías es muy distinto al de los ingenieros de la nuclear o al de los miembros del hampa. Incluso aparecen usos lingüísticos propios de La Alcarria, habituales en los pueblos donde se desarrolla la acción. Silva ha reconocido que el haber trabajado como abogado en casos sucedidos en esta provincia castellana, le han servido y mucho, para ambientar adecuadamente la narración. Por eso no se plantea dejar su oficio por el de escritor que, aunque ocupa buena parte de su tiempo, no quiere convertir en exclusivo. Todo cuanto sucede en la novela es pura ficción, sin embargo los lugares son perfectamente reconocibles en la zona a la que pertenecen. No hay nombres ni localizaciones precisas, pero nada produce estridencias porque el autor ha sabido captar la esencia, lo importante.

Ante un asunto de tanta trascendencia social como la energía nuclear, el autor ha sabido quedarse al margen. Tan verosímiles son las posturas de los ecologistas como las de los ingenieros. Todos tienen su parte de razón, su argumentación es válida porque es real, todo lo real que puede llegar a ser una novela. Es el mérito de todo buen escritor. Después de todo esto parece claro por qué Lorenzo Silva ha obtenido, tras haber quedado finalista en 1997 con su obra *La flaqueza del bolchevique*, un premio tan prestigioso. Su apuesta ha sido osada pero sus méritos han sido sus mejores aliados. Así cualquiera.

Pedro Aguilar

Humanistas en Guadalajara



El manuscrito de Lucena

Alfredo Villaverde

Ed. Ayuntamiento de Guadalajara, 1999, 200 págs.

Se agrupan en esta novela el paralelismo de dos (tres) siglos distantes en el tiempo pero afines en los sentimientos que humanidades, arte y cultura general provocan en el médico Luis de Lucena (primera mitad del siglo XVI) y el arquitecto Ricardo Velázquez Bosco (1843-1923), dos personalidades plenamente ligadas al desarrollo arquitectónico de Guadalajara. Hechos que ahora nos son contados por Villaverde en la convergencia de una novela histórica, donde a través un apócrifo manuscrito relata "el monumento que alimenta los misterios de este libro"; monumento que no es otro que la capilla de Luis de Lucena, donde a la par que el autor se nutre del jarro de la historia el narrador vierte toda su calidad de fabulación para darnos a beber la esencia de una literatura plena en positivismo idiomáticos y técnica del escritor.

Verdadero acierto es el logro del tiempo, clima y ambiente novelado, tanto si consideramos éstos en el concepto vecinal, y a la sazón un tanto revolucionado,

de una pequeña capital de provincia a finales del XIX o lo estudiemos en la cosmopolita de la Roma Renacentista. Los personajes se muestran en mundos tan logrados y la terminología del idioma nos llega por tan acertados giros que la literatura se nos convierte en imagen como si una perfecta moviola nos brindara la existencia y el paisaje donde día a día se mueven los mismos. El sentimiento humanista arraigado en Luis de Lucena, en aquellos años de enfrentamientos entre el emperador Carlos V y el papa Clemente VII, de los que Lucena fuera buen testigo, llevarían a nuestro personaje más de una vez a temer represalias inquisitoriales, aun cuando su cristianismo estuviera bien probado. Similares temores de condena se originarían pasados dos siglos en el otro gran personaje que hallamos en *El manuscrito de Lucena*, Ricardo Velázquez Bosco contactaría circunstancialmente, ya en el propio viaje de su traslado como arquitecto a Guadalajara. Son estas dos situaciones, así como el amor, entrega al arte y conocimiento del mismo lo que hacen de la temática novelada una simbiosis de dos siglos con paralelismo artístico y recelos políticos, perfectamente resueltos en el final.

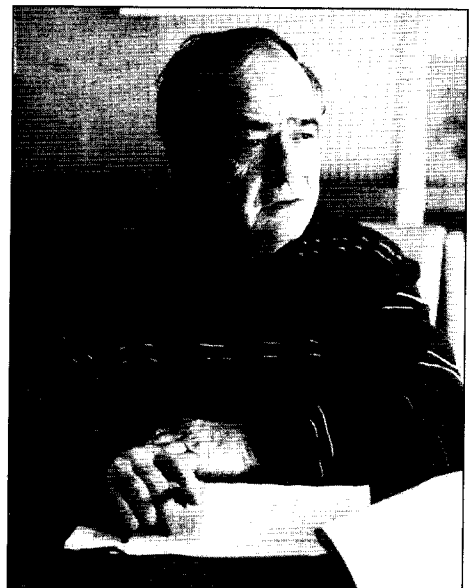
Se inicia con esta novela una colección, "Letras de Guadalajara", que edita el Ayuntamiento de la capital alcarreña y pretende con ello apoyar la creatividad literaria de cuanto abarca la definición de su título. Es este un volumen de doscientas páginas que se abre con una breve presentación del alcalde, José M^a Bris, y le sigue un estudio sobre el tema al que el escritor y cronista oficial de Guadalajara, Antonio Herrera Casado, dedica una quincena de hojas, unidad que compone un mosaico valioso como historia y que analizado literalmente no dudamos en calificar de acierto.

Alfredo Villaverde, superada ya la treintena de libros publicados, que van desde la poesía al teatro o desde el libro de viajes a la novela, y que buena parte de su obra la impregna de un sentimiento de libertad y humanismo, lo refuerza en esta ocasión con el palpito erasmista que nos transmite a través de una personalidad tan significativa en el tema como

lo fue Luis de Lucena. Luis de Lucena y Ricardo Velázquez Bosco complementan la unidad humanista refundida en los siglos a fuerza de arte y comprensión. Hay un paralelismo novelado en la vida de estos dos hombres que Villaverde ha sabido elevar sobre cimientos históricos y buena literatura, enriquecida con el dominio de la palabra y la fantasía del narrador sin dejar nunca de apoyarse en la lírica que transmite el poeta.

Nicolás del Hierro

Tres generaciones



Al filo de la vida

Rodrigo Rubio

Albacete, Diputación Provincial,
Colección Arkanos Narrativa, 1998

He aquí una novela sencilla, directa, eficaz de Rodrigo Rubio (Montalvos, Albacete, 1931), publicada por la Diputación de Albacete en la que se cuenta la historia de tres generaciones de artesanos de la cuchillería y la navaja de Albacete ciudad y provincia, y hasta un poco la de España en este siglo con los cambios tan grandes que se han producido. (Sale hasta el Albacete Balompié, Benito Floro y Rodrigo Rubio, el propio autor, como personajes de la ficción novelesca).

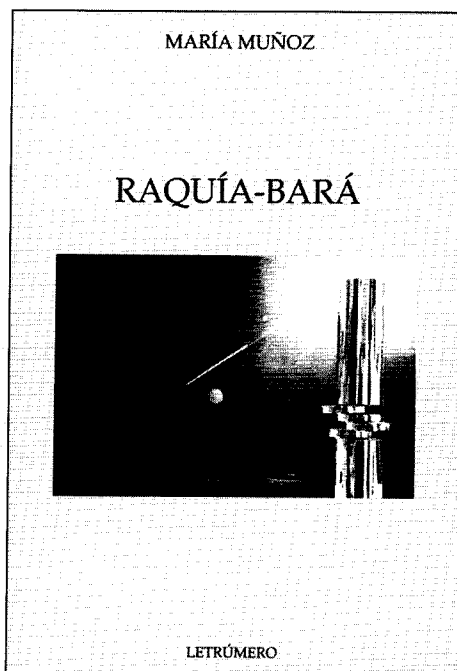
Los veinte capítulos de *Al filo de la vida* relatan en la memoria de un representante de la tercera generación lo sucedido a su abuelo, a su padre y tíos y a sus hermanos e hijos, ya en la actualidad más inmediata y urgente. La historia general, más allá de los personajes principales y secundarios tratados y citados, podría incluir prácticamente desde los años 20 a los últimos del siglo que agoniza. Hagamos este cálculo: cada 25 años hay una generación nueva de hombres; si multiplicamos 25 por 3 tenemos 75 años; 1920 más 75 llevan a 1995, comienzo y fin aproximado de la novela.

La historia recordada y evocada de tres generaciones de cuchilleros: de la artesanía a la industria, pasando por el desarrollo, el trabajo y el esfuerzo de seres humanos. La historia de Albacete ciudad, de la que se hace un justo elogio: de la ciudad provinciana, casi rural, aun urbe moderna en la vanguardia del desarrollo con sus entresijos de vidas humanas. La historia de una provincia agraria a otra actual con gran predominio de la capital, industrial, comercial, de servicios. Y la historia en fin de un país que ha pegado un cambiazo tan grande en este arco de tiempo que admite la sosegada y suave lamentación del narrador (donde podrían verse las opiniones del Rubio escritor) de que algunas cosas del pasado pueden ser buenas. ¡Qué observaciones más certeras hace Rubio sobre los cambios reales producidos en las gentes y sus usos y costumbres! Por ejemplo: el modo de vestirse, de comer, de relacionarse y sentir, y otros muchos casos que revelan una amable y profunda capacidad observadora y meditadora.

Muchos tratados y estudios universitarios se han publicado y se van a publicar seguramente para analizar la vida del Albacete de estos tiempos. ¡Qué pocos nos dejan, nos van a dejar una impresión tan natural, tan sencilla, tan eficaz, tan verdadera como esta novela de Rodrigo Rubio! Y además, como dice el narrador, hacer la historia como la hacen las gentes de *Al filo de la vida* es "algo que, en definitiva, dignifica y ennoblece al ser humano".

Jesús Fernández Montes

Metafísica y Poesía



Raquía Bará
María Muñoz
Ed. Letrúmero, Madrid, 2000

Raquía significa en hebreo "extensión", "firmamento", y bará, "creó". Con la unión de estas dos palabras, *Raquía-Bará*, titula María Muñoz su poemario, dándonos idea, ya desde el título, de su voluntad de indagar poéticamente en los orígenes y el destino de la creación. Poeta, editora y agitadora cultural en Toledo, María Muñoz colabora en diferentes medios de comunicación. Publicado por la editorial Letrúmero (colección Voz de Mujeres nº 3), *Raquía-Bará* es una muestra de la palabra esencial, exigente y rigurosa de la poesía de María Muñoz. La suya es una obra de intensa complejidad conceptual, que relaciona la poesía con la filosofía y la metafísica, a la manera que María Zambrano, por ejemplo, entendía el discurso lírico.

Como decimos, en *Raquía-Bará* María Muñoz se adentra, en la primera parte que da título al volumen, en la exploración mítica y simbólica del paso del Caos originario a la luz y los seres y criaturas surgidos de ese proceso creador. Se trata de una poesía tendente a

la abstracción en donde la palabra se convierte en una vía de conocimiento y de búsqueda casi antológica, derivada de la interiorización de la idea y los conceptos. El sustrato poético austero, descarnado, que late en la primera parte del libro, cambia de registro en la segunda, "Aljamía", que nos remite a las antiguas canciones de amigo. Aquí, María Muñoz encadena una sucesión de poemas amorosos, dominados por la emoción, la luminosidad y la ensoñación evocadora, al tiempo que establece una especie de diálogo intertextual. Los poemas se disponen como dos series que se van alternando de forma que se reflejan y se relacionan, complementándose y añadiéndose mutuamente sentido, en una escritura que se cumple y se enriquece de manera progresiva a medida que reflexiona poéticamente y con sutileza sobre lo escrito. Finalmente, *en prise de signification*, la última parte del libro, María Muñoz nos sitúa ante la belleza y el amor, percibidos igual que una luz en medio de la soledad, como el verdadero sentido del orden del universo. La vida tiene su destino y su justificación en el otro, sólo el hombre abierto al mundo.

Raquía-Bará es un poemario complejo, que exige del lector una cierta disposición intelectual ante la utilización del lenguaje poético como instrumento creador de potencias del pensamiento que nos desvelan tanto la razón del universo como el motivo que justifica nuestra estancia en El.

Sabas Martín

El ruido y las nueces



NARRACIONES MANCHEGAS

Manuel Juliá

INTUICIÓN GRUPO EDITORIAL S.L.

La ruta no natural

Macario Polo Usaola

Ojo de pez. BAM, Ciudad Real 2000;
148 págs.

Narraciones Manchegas

Manuel Juliá

Intuición Grupo editorial. Puertollano 2000,
86 págs.

Comando Asdrúbal

Francisco Andrés Correal

Intuición Grupo editorial. Puertollano 2000,
82 págs.

En 1948, García Pavón sostenía en un trabajo denominado y no casualmente *A mis amigos poetas*, la endeblez de la creación narrativa en Ciudad Real. Frente a esta escasez siempre, y de manera tópica, se ha contrapuesto la mayor abundancia de poetas: desde Alcaide, a Crespo, desde Eladio Cabañero a Fernández Molina. Es esta una constante rastreable en los trabajos globales que han abordado la creación literaria del siglo XX: desde el, altamente insuficiente, de Arteaga, hasta el más completo de Jesús Barraión. La nómina de narradores que desarrolla Barraión en su trabajo, se ve incrementada merced a las aportaciones de los ensayistas con voluntad de estilo y de los mismos poetas metidos a prosistas. No

olvidemos, que Crespo, Fernández Molina, Fernández Arroyo, Grande o Nicolás del Hierro, son frontalmente poetas, que han realizado incursiones en el territorio de la prosa, desde muy diversos y variados registros. Los poemas en prosa, los aforismos o los diarios de Crespo, no son propiamente la obra de un narrador, sino la obra de un poeta producida en esa clave textual. Por eso, y desde este reconocimiento, el cuerpo de la obra narrativa de los escritores de Ciudad Real, sigue resultando insuficiente y habrá que preguntarse por qué. Hay respuestas para todos los gustos, y los hay muy diversos.

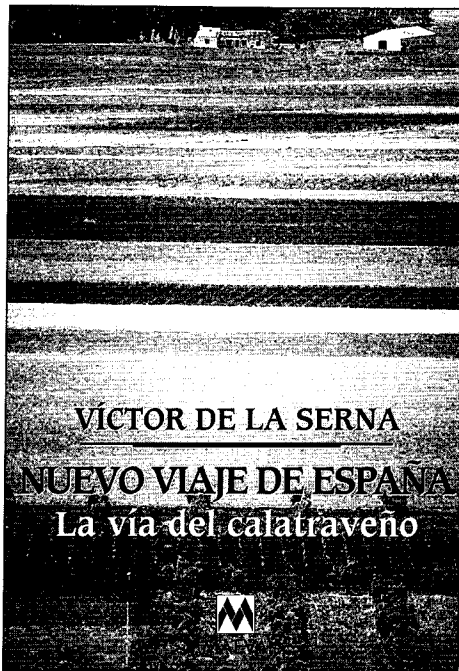
Pese a ello desde hace años, la colección literaria Ojo de Pez viene entregando al público un variopinto surtido de trabajos narrativos, que van desde la temprana novela corta *El Pozo* de Fernando Calatayud, hasta los relatos de Fernández Arroyo agrupados bajo el nombre *El acontecimiento* y otras producciones de Carbonell, Serna o Beño. Aparece ahora en dicho sello el último trabajo de Macario Polo –autor de *Tendiendo al equilibrio*– que tiene su escenario en el ambiente universitario de Ciudad Real. En donde los protagonistas anticipan sus vivencias desde la lectura de un texto compartido, que da cuenta de su inmediato futuro. Pero esta constatación –la ubicación de un asunto narrado en un medio próximo y reconocible a trazos– no debe dar pie a la celebración del nacimiento de un nuevo fenómeno literario, ya aislado, ya de grupo.

Esta es, por otra parte, la pretensión que desde Puertollano mueve a Intuición Grupo editorial, de la mano de Manuel Juliá como coordinador, a la puesta en funcionamiento de una colección que denominan Narradores Castellano Manchegos y cuyo núcleo duro está formado por escritores relacionados con esa ciudad. Ya han aparecido los trabajos citados de Juliá y de Correal; próximamente verán la luz otros de Manuel Valero, de J. D. Delgado, de Eduardo Egido, y se anuncian otros más. Por ahora el proyecto ofrece la cara narrada de quienes la venían dando como perio-

distas y escritores de periódicos. Salvo Valero, quien ya había publicado con anterioridad *Los cuentos de la Havana* y *El balneario*, los restantes trabajos son las incursiones de periodistas y escritores de otros géneros en el terreno de la ficción. Quizás, respondiendo todo ello a la afirmación de Juliá en el acto de presentación de la colección en Puertollano: La muestra de un pueblo no es completa si ha sido sólo historizada y no literaturizada. Desde este valor añadido del signo literario, habrá que observar en su conjunto el movimiento que se anuncia. Pese a las grandes diferencias rastreables entre la novela corta de Polo, o el conjunto de relatos de Juliá –unos inmersos en la memoria del pasado y otros en los embates del presente– o el irónico trabajo de Correal –respaldado por su pregón de ferias en 1998– sobre el Puertollano de los últimos sesenta, lo que agrupa a estos tres trabajos es su voluntad de representación de una realidad desde un producto literario. Y esa voluntad de representación de un pasado próximo o de un presente zombi, se hace reconocible, no sólo por su proximidad, sino por su necesidad. Necesidad de representar ambos tiempos desde un signo literario que abre nuevas formas de conocimiento a ese pasado y a ese presente. Creo que este es el valor más destacable del empeño. Más allá de la visión de grupos, movimientos o tendencias reconocibles, son movimientos que delatan una nueva forma de mirar y de mirarnos. Con todas las dificultades de las miradas aisladas que subyacen en toda escritura.

José Rivero

La Mancha del Calatraveño



**Nuevo Viaje de España.
La vía del Calatraveño**
Víctor de la Serna
Maeva. Madrid, 2000, 196 págs.

La reciente reedición del trabajo de Víctor de la Serna “La vía del Calatraveño” (ediciones Maeva, Madrid 2000) ha abierto algunos interrogantes singulares. Entre otros, el del sonoro silencio tributado en los medios escritos regionales y en el mancheguismo militante por el que fuera recibido, allá por mayo de 1953, en olor de multitudes. Comenzaba –o mejor continuaba– De la Serna esa peripecia viajera que reseñaba diariamente ABC; crónicas dictadas telefónicamente y volcadas al olor de tinta de la letra impresa del diario madrileño. El proyecto viajero de De la Serna, según nos cuenta su hijo Alfonso en el prólogo del texto de Maeva, pretendía retomar otro viaje ilustrado como el realizado a finales del siglo XVIII por Antonio Ponz en su “Viaje de España” y que se denominó ya como “Nuevo Viaje de España”. Proyecto que sólo contó con dos entregas “La ruta de los foramontanos” editada con prólogo de Gregorio Marañón y “La vía del calatraveño” y unas crónicas andaluzas –“Marina de Andalucía”, que se agragan

a la edición que venimos comentando–. La muerte de De la Serna en noviembre de 1958 interrumpió el proyecto viajero y lo dejó, obviamente, inconcluso. Y quizás incomprendido.

Había comenzado De la Serna sus crónicas para “La ruta de los foramontanos” en abril de 1953 desde la Venta de Tajahierro. Sin embargo, y de forma sorprendente, suspende sus relatos cántabros, astures y castellano viejos y decide, en un esforzado movimiento, alterar el programa y trasladarse a La Mancha. Así lo anticipa la crónica firmada en Madrid el 15 de mayo de 1953 que llama “Saldo de retales”: “Ha salido cara. Toca La Mancha”. Dando a entender que el cambio de sesgo es fruto de un juego de azar que asume una moneda volandera y caprichosa. ¿Y si hubiera salido cruz?, ¿se hubiera vuelto a Pravia en lugar de viajar a Puerto Lápice? y hubiera aguardado otra primavera. Pero salió cara, de tal suerte que el 22 de mayo de 1953, De la Serna llegaba a Ciudad Real para trazar en catorce crónicas vibrantes el perfil del alma de La Mancha. Perfil que a veces se emborrona y deviene un escorzo o un dibujo de bulto y, a veces, una *boutade* sonora y acústica. Crónicas serbianas que ven la luz entre finales de mayo y mediados de junio de ese año. Prosiguiendo tras esa fecha, y hasta octubre de 1954, con la abandonada ruta foramontana, tan querida para quien creció en Santander. Por qué tal abandono de lo planeado, es el segundo enigma no resuelto ni explicado por nadie. Y dan por natural saltar, en unos días tan sólo, del borde norte de la meseta norte, al borde sur de la meseta sur.

En 1959 en Ciudad Real, tras la muerte del escritor, la Delegación de Organizaciones de la Jefatura Provincial del Movimiento decide publicar las crónicas en forma de libro, anticipándose a la edición que ya preparaba Eugenio Montes para Prensa Española, propietaria del diario ABC, y que vería la luz un año después, en 1960. El texto de Ciudad Real con pie de imprenta en la Imprenta Provincial el 27 de junio de 1959, tiene dos particularidades –o tres si citamos el

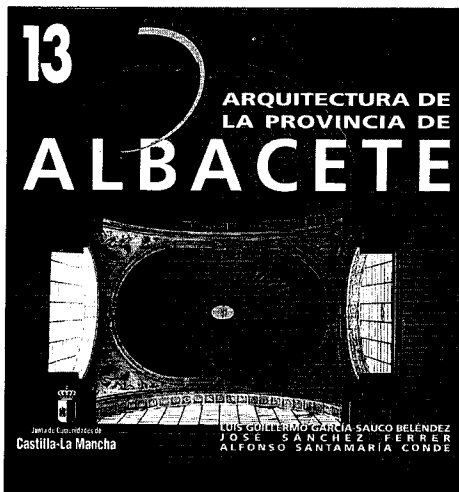
prólogo floreal y tupido de rosas y de sombras y flanqueado por el verbo falangista y azul del Gobernador y Jefe Provincial del Movimiento Utrera Molina– su nombre y sus ilustraciones. El nombre que adoptan las crónicas serbianas en su edición de Ciudad Real es el de “Por tierras de La Mancha” y cuenta con el subtítulo “Reportajes de viaje por España”, que aparecen ilustradas con 10 dibujos, más la portada, del pintor de Puertollano Fernando Gómez Cuadra, que a la sazón vivía en París. Junto a estas diferencias es preciso anotar unos esquemas de ruta de las catorce crónicas –realizados con premura y escasa calidad gráfica– y un subtítulo de cada capítulo. Subtítulo entresacado de lo más llamativo del texto consecuente. Así, “Polders, arrozales y bosque” para hablar de Daimiel y Villarubia, “Una Ucrania entre dos Prioratos” o “Pólvora, peces y silencio” para retratar los lagos (sic) de Ruidera. El texto de Prensa Española, con prólogo de Eugenio Montes –firmado en Roma en la Epifanía de 1960– y que se publica en ese año se llama, paradójicamente, “La vía del Calatraveño” y aparece ilustrado con catorce dibujos de Gregorio Prieto y capitulares y colofones de Bufrau, quien ya había ilustrado la edición de “La ruta de los foramontanos” (Prensa Española, 1955; 4ª edición 1959). ¿Por qué dos ilustraciones para un sólo proyecto?, o ¿ya eran proyectos distintos? ¿Por qué dos modelos gráficos en las antípodas expresivas?

Todas estas diferencias hacen que “Por tierras de La Mancha” y “La vía del Calatraveño” sean piezas distintas, aún proviniendo de la misma matriz. Pero pese a esta evidencia, Alfonso de la Serna en su trabajo de recapitulación del texto de Maeva, ni cita siquiera la edición manchega de las crónicas de su padre, que contó con nombre distinto y más ajustado al recorrido verificado: desde Puerto Lápice a Puertollano. Como si tal texto –del que conservo un ejemplar no imaginado ni inventado– no hubiera existido, ni mereciera ser tenido en cuenta en la recensión de las ediciones habidas desde 1960. El texto maldito o improbable,

con depósito legal CR-20/1959, es aún más maldito si conocemos y sabemos que su ilustrador, Gómez Cuadra, acabó suicidándose en un año incierto, entre 1961 y 1962. Y, probablemente, en un mes también incierto. Como también, es incierta la memoria de los que conocieron a De la Serna.

José Rivero

Los trabajos y los días



Arquitectura de la provincia de Albacete

L.G. García-Saúco, J. Sánchez-Ferrer, A. Santamaría

Junta de Comunidades. Albacete, 1999, 620 págs.

Probablemente el presente trabajo pueda ser leído de diversas maneras, entre las que me interesa destacar dos: como un manual de historia de la arquitectura o como un ensayo. El manual es el texto concebido para responder a las preguntas de los lectores curiosos y supone el ensamblaje de los diferentes trabajos anteriores de cada uno de los autores que navegan por muy diversos centros de interés. Trabajos en los que ya se habían producido algunos intentos de síntesis, que ahora se ven renovadas. Así *Dos siglos de arte en la provincia de Albacete* (Cultural Albacete, 1985), la *Aproximación histórica artística* (Lunberg, 1992), los tex-

tos de la *Guía de Castilla-La Mancha* (1994) o *La villa de Albacete en la edad moderna* (La siesta del lobo, 1997). Mientras que la segunda lectura, que es el ensayo aludido, es el texto interrogante para contestar a las preguntas de aquellos que lo han escrito y, ahora trasladan sus dudas a las espaldas de los lectores.

La primera hechura que se agazapa tras esa primera lectura del manual, es la del trabajo exhaustivo, casi titánico y enciclopédico, con multitud de datos de corte académico y prolijas descripciones de espacios y elementos, cuyo esfuerzo inmenso no impide descubrir ciertos lugares comunes ya frecuentados tras la ficción de la historia unitaria. Construir un recorrido ejemplar, por el tiempo y por el espacio para extraer algunas conclusiones significativas sobre el concepto de unidad del objeto de estudio. Aunque el esfuerzo por agrupar acontecimientos sea ese, parece clara la complejidad de agrupar realidades tan diversas como el Tolmo de Minateda, la parroquia de la Asunción de Yeste, la Aduana de Alcaraz, el camarín de la Virgen del Rosario de Hellín o la Feria de Albacete. Así veremos rastrear la pista de claves explicativas en forma de autores individuales tales como Vandelvira en Alcaraz, de Quijano en Albacete, de Francisco del Castillo en Chinchilla o de Lorenzo Alonso en el siglo XVIII, claves que suponen una indagación en los problemas de autoría: la arquitectura en busca de autor. Nómina que puede crecer si extendemos la presencia de Alonso Carbonel y llegamos hasta Jareño o Millán. Desde otros puntos de vista, la arquitectura, además de como expresión de sus autores o artífices, puede ser leída como el proceso de transformación de la espacialidad y de su representación construida. Y aquí aparecerán implicaciones materiales y visuales, reflexiones sobre tipologías y aperturas técnicas de muy diverso calado. Los cambios de espacialidad de viejas tipologías o la aparición de nuevos repertorios tipológicos, serán otras sendas desde las que mirar ese caudal de tiempo edificado. Por ello, también las plantas de Lezuza o de Santa María del Salvador en Chinchilla operan como potentes enig-

mas de la organización espacial que el pasado ha ido jalonando y que hoy observamos con ciertas dificultades. Dificultades visibles, pese al hilo conductor que trata de aflorar y suturar las brechas que la historia dejó abiertas.

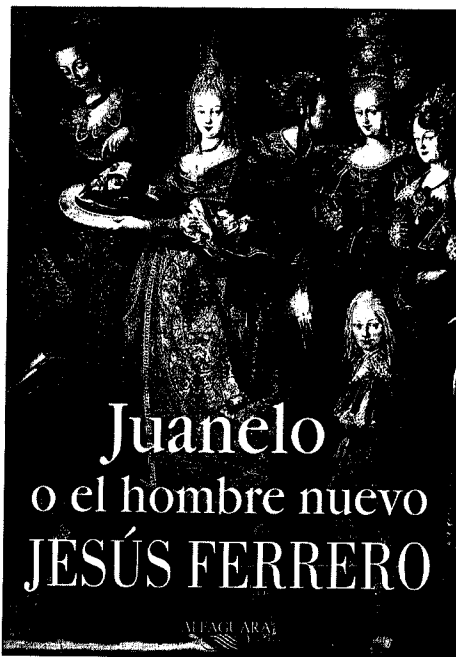
Una adjudicación sistemática de los lugares a exponer y a explorar desde el punto de mira de la arquitectura albacetense, con un arranque en la Prehistoria de Minateda o Pozo Moro y un desembarco en el mismo siglo XX del Pasaje Lodaes o en la Caja de Castilla La Mancha de Escario, nos propone un recorrido sintomático (que no sistemático) por los lugares de la arquitectura albaceteña como enclaves preñados de sentido, sin explicitar sus puntos de contacto o las hipótesis de continuidad entre esto y aquello. En donde los esfuerzos por dotar de continuidad a lo que es ya discontinuo son evidentes, tan evidentes como el salto del adobe al aluminio o de la fogata a la climatización inteligente. Incluso la misma continuidad espacial de ese territorio jurídico administrativo que ha sido *Conventus Carthaginensis*, *Cora de Tudmir* o *Al-bassit*, luego Reino de Murcia y muy recientemente Comunidad Autónoma de Castilla-La Mancha, se revela intrincada. Territorio, incluso, con triple pertenencia a otras tantas diócesis Cartagena-Orihuela, Cuenca y Toledo, como parte demostrativa de la dificultad de las visiones unitarias y de las complejidad de influjos e influencias. Cuajado por tanto, el legado construido de influencias exteriores, ya del Reino de Jaén o del de Granada, ya de Cuenca o ya del de Valencia. Como manifestación de un mestizaje fértil y productivo que se alimenta de los episodios derivados del impacto consiguiente de la toma de Granada y concluye con los arquitectos trasmeranos, provenientes de Cantabria (p.385). En este recorrido sintomático la potencia simbólica y real de la Arquitectura Religiosa es parte del argumento que los mismo autores reconocen (p.229) y aún contraponen a la minúscula experiencia de la Arquitectura Civil y a la nula de la arquitectura popular (p.229). Tema para reflexionar y para ahondar, no sólo en las diferencias de los poderes

temporales y espirituales, sino en los problemas de representación de órdenes diferentes. Frente a las escasas muestras valiosas de la arquitectura civil como las Lonjas de Alcaraz o el palacio de los Condes de Cirat en Almansa, los resultados de la edificación religiosa son numerosos y profundos. ¿Cómo hacer compatible la espiritualidad de un poder religioso con su potencia material y física que rebasa y excede de los límites de sus propias construcciones?, ¿cómo hacer inteligible una sociedad civil sin cuartos ni cuarteles, ni tribunales de justicia? La constatación del poder temporal de la Iglesia, refleja y rememora la tesis sostenida por George Teyssot: La arquitectura nace para dar culto a los dioses y a los muertos. Mientras que los vivos sólo contribuimos con nuestro trabajo a ser pasto del olvido.

La indagación del ensayo de García Saúco, Sánchez Ferrer y Santamaria Conde, discurre por un arco temporal que se nos antoja dilatadísimo y con perfiles muy cambiantes. Arco presidido por los ensayos tipológicos –inteligentemente captados– de las iglesias de arcos diafragma (también llamadas de nave catalana), por los casos de las iglesias de Salón (Hallenkirche), los esquemas distributivos de la edificación popular en torno al patio y las series temáticas de ciclos figurativos –como arcos de Triunfo– como las portadas de la Asunción de Hellín, de Yeste, de Almansa y San Blas de Villarrobledo. Hay que esperar mucho y no siempre con fortuna, para que un tímido relevo desplace estas cuestiones. Los trabajos de los arquitectos de la Real Academia de San Fernando inauguran un cierto carácter civil dentro de todo este entramado material del poder espiritual, de muertos y dioses, para dar paso a los días y a los hombres. Pero esa es ya otra historia, aún por escribir.

José Rivero

Depravación de un sueño



Juanelo o el hombre nuevo

Jesús Ferrero

Ed. Alfabuara, Madrid 2000

¿Qué sentido tiene este devenir? ¿Está dirigida la evolución? De igual manera que el polvo de las estrellas, correctamente situado en la bóveda celeste, toma hoy, a los ojos de los astrónomos, la figura de las inmensas espirales en movimiento, así, las miríadas de seres que llamamos la vida tienden a disponerse, siguiendo una ley muy sencilla de concentración psíquica, terminándose, en el instante presente del mundo, en el hombre. A partir del hombre, descendiendo hacia los orígenes, la consciencia parece desanudarse, difuminarse hasta hacerse imperceptible. “Hacia el hombre, al remontarse el eje de los tiempos, la espontaneidad se despierta, se organiza y, finalmente, se vuelve reflexiva, emergiendo en lo personal”. (Teilhard de Chardin)

El lenguaje es potencia y creación. Con Nietzsche a la transparente, y en el año de Calderón, sucumbimos al hechizo estético de un demiurgo falto de sabiduría nacido del conocimiento oculto y de la incomunicación. Definirse en la oscuridad sobre una visión errática del mundo: principio secreto que especifica a la materia. Estimulado por el miedo,

refrenado por su propia energía, nada sabía de la certeza este héroe local del no. Brisas gélidas, machacantes y blancas de los amaneceres; como su alma enristecida, deudora de fantasía... Para nuestro desvelo. Aún fue versátil. Le esperaba la elección. Los pasos de Juanelo no acaban de sonar bien ¿tu vivir mi penitencia invoca! son la fuerza del Sentido y la ausencia a la vez. La novela se acomoda con estrepitosa ironía a una ciudad –Toledo– que es la depravación de un sueño: rituales y pasiones, locura y voluntad. Y el impacto del silencio –en la noche acotada, ganada para siempre– convertido en gesto fundamental.

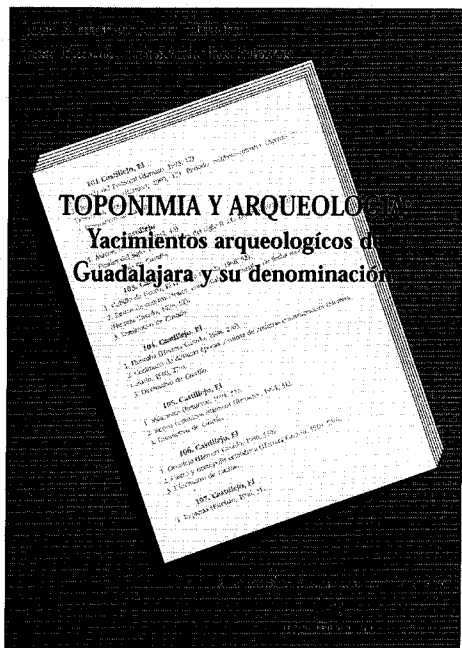
La empatía explica un texto en el que todo parece claro. Un personaje cercado por lo complejo de los sentimientos y su interpretación, de estructuras lingüísticas fraccionadas, afectadas, disueltas; no es tanto el problema de Dios como la historia del hombre, su indeterminación. Un narrador angelical que le entiende, que le da cobijo, que sabe como cumplir su misión. El punto de vista no rechaza protegernos contra la soledad, ese lado que entraña y es uno más. Un autor repleto de inteligencia ilustra diálogos teatrales con la bondad de su crítica: belleza moral muy expuesta donde opone a lo superficial lo poético, condenado, necesariamente, al grado de intimidad. Un libro valioso en el que lo abstracto es lo concreto, un grito filosófico de la angustia enfrentada a la realidad.

“La abyección –observa Sartre– es una conversión metódica, como la duda cartesiana y el *epoché* husserliano: establece el mundo como un sistema cerrado al que la conciencia observa desde fuera, a la manera de la inteligencia divina. La superioridad de este método sobre los otros dos reside en que es vivido con dolor y orgullo. Por ello, no conduce a la conciencia trascendental y universal de Husserl, al pensamiento formal, y abstracto de los estoicos, ni al cogito sustancial de Descartes, sino a un existir individual en su más alto grado de tensión y lucidez”. El ceremonial más brillante del conflicto media entre la transmutación y el deseo. Su resistencia fatal, la intención ¿lo convierte en humano?.

El Arte cierra o se inaugura donde hubo del sentir y la razón un pulso estéril, donde la existencia negó ser posibilidad. Adecuamos lo inadecuado: yo y el mundo exterior. Algo distinto nos reclama. Sombras son las ideas... No es el abismo al agua ni la rueda al corazón. Adecuamos lo inadecuado: del futuro recogeremos la nostalgia; desposesión. De la sima a la torre fue todo sagrado. Y la tierra se ha nutrido de las manos solidarias. Mar de calma su vuelo en la noche cuando se abatió el fuego, y el rechazo al más puro entendimiento. Existen dioses hechos de rumores, y verdades navegando indiferentes ¿quién puede acariciar la roca sin desgarrarse? Y las nieves perpetuas... y los ojos llenos... y ese rayo en el agua... ¿Y el despliegue de su propio sentimiento? Hay un momento más grande que la vida, y un misterio: el amor y el tiempo.

María Muñoz

Herramienta exhaustiva



Toponimia y Arqueología: Yacimientos arqueológicos de Guadalajara y su denominación

José Antonio Ranz Yubero, José Ramón López de los Mozos
Ed. Caja de Guadalajara, Guadalajara, 1999;
Prólogo de Miguel Ángel Cuadrado Prieto y
María Luz Crespo Cano; 254 pp.

Se trata de un libro que podríamos considerar exhaustivo ya que incluye un conjunto de 531 llamadas referentes a poblamientos, yacimientos o meros hallazgos arqueológicos de la provincia de Guadalajara, dispuestos alfabéticamente, desde *El Abadón* (Aguilar de Anguita) hasta *Zardoso* (Peralejos de la Truchas).

Algunos yacimientos pueden adscribirse a distintas épocas, así la Cueva Harzal o *Guarzal*, que se halla entre los yacimientos datables en el Paleolítico/Neolítico, Bronce/Hierro, y llega al periodo medieval musulmán.

Para la realización de este amplio corpus de topónimos arqueológicos los autores han revisado gran cantidad de bibliografía: monografías especializadas, actas de congresos y simposios, encuentros, memorias de excavaciones y numerosos textos de ámbito local.

Tras realizar la nómina general, los topónimos reunidos se han estudiado siguiendo un esquema o modelo de ficha consistente en señalar un número de orden para la denominación del yacimiento de que se trate en cada caso, y tres apartados: el término municipal al que pertenece dicho yacimiento, la fechación del mismo y la explicación del topónimo, motivo principal del trabajo.

Aparecen además otros 52 yacimientos o hallazgos aislados que, bien poseen un nombre moderno, o bien se les asigna el nombre de la localidad en que se ubican; estos se reúnen en un apéndice.

Se recogen más de quinientos yacimientos con su correspondiente explicación toponímica, y finalmente aparecen en un listado divididos por periodos históricos. Esta división ofrece resultados significativos: 87 (el 13,65%) pertenecen al paleolítico/Neolítico, 300 (47,09%) al Bronce/hierro 96 (15,07%) al periodo romano, 17 (2,66%) al visigodo, 121 (18,99%) a la edad Media islámica y 50 (7,84%) a la cristiana, permaneciendo 17 (2,66%) yacimientos sin encuadrar.

A continuación los nombres se han dividido según su significación, predominando los relativos a lugares defensivos, así relacionados con *Castillo* que aparece en 54 ocasiones (el 10,24%), y los

emparentados con *Torre*, 25 veces (4,74%). Los asentamientos tenían que realizarse en lugares de fácil defensa, de ahí que aparezcan 43 ejemplos (5,15%) referidos a *Cerro*, o en abrigos y *Cueva(s)*, a la que se remiten 37 topónimos (7,02%), y próximos a una *Fuente*, con 17 denominaciones (3,22%), y así podríamos continuar hasta completar el sentido de los 531 yacimientos citados. Al final aparece un índice señalando aquellos pueblos que poseen al menos un yacimiento.

La obra concluye con un repaso a la Bibliografía utilizada para su elaboración, tanto aquella que suministra datos arqueológicos, como la de carácter lingüístico, e incluso la que sirve de apoyo documental.

Se trata, por tanto, de un libro que funde Toponimia y Arqueología —hecho no muy usual—, bien documentado y ameno en su lectura, además de sencillo de manejar gracias a los índices que contiene, lo que le confiere la calificación de libro de referencia, imprescindible para los historiadores de Guadalajara. Uno de esos “libros herramienta” cada día más difíciles de ver en las librerías.

María Jesús Remartínez Maestro

LIBRERIA DE LANCE "DOMUS LIBRI"

ESPECIALIDAD EN
CASTILLA-LA MANCHA
Y HUMANIDADES

Juan I. Laguna Fernández
<http://personal4.iddeo.es/domuslibri>
Avda. Pablo Iglesias, 27. 5º. C.
28039 MADRID
Tlfno. 91.536.05.42 ó 61.752.52.49
E-Mail: Juan.laguna@Retemall.es

Comparamos y vendemos libros,
postales, documentos, mapas y
cualquier otro material en papel
preferentemente antiguo y relacionado
con Castilla-La Mancha.

Envíenos el siguiente Boletín para
recibir nuestro Catálogo bimestral gratuito:

Nombre y apellidos.....
Dirección.....
C.P.....Ciudad.....
Provincia.....
País.....Tlfno.....
E-Mail.....

Domus Libri
Avda. Pablo Iglesias, 27.5º.C. 28039 MADRID